



LA IDENTIDAD CULTURAL AMERICANA EN ANTENOR ORREGO

Cristóbal Campana D.

En la actualidad, la globalización está desculturizando a las sociedades de larga historia, en los diversos continentes y regiones y, como Herbert Marshall McLuhan dijera hace medio siglo, estamos en una “*aldea global*”. En este proceso de homogenización se van perdiendo nuestras respectivas nacionalidades y con ellas nuestras identidades y etnicidades. El planeta camina hacia una globalización de la cultura, pero hacia una “*cultura de masas*”, donde no existen las personas como entidades racionalmente autónomas, sino sólo como partes estandarizadas de una “masa”. Estamos siendo diseñados a “molde” para consumir, más allá de nuestra racional voluntad. Lo grave y lo malo es que esta “*cultura de masas*” es vacía de elementos trascendentes, sus contenidos sólo responden a órdenes de consumo modal y –para estar a la moda– se impone por medios no perdurables en la memoria colectiva.

En nuestro país, desde la tercera década, hasta mediados del siglo anterior –el siglo XX– comienza a decantarse un grupo de intelectuales y pensadores que asumen la necesidad de pensar en el Perú y en los peruanos, como entes libres y conscientes de su propia identidad, entonces aparecerán los libros capitales de “Afirmación del Perú”, de J. de la Riva Agüero, “Retrato de un País Adolescente” de Luís Alberto Sánchez. En estos libros aparece la imagen de un país naciente y unitario. En la misma época,

en Chile se publica el libro “Pueblo Continente” de Antenor Orrego, una obra que convalida una identidad cultural longeva y vigorosa contenida en una geografía unida por un pasado, por metas y anhelos comunes a dicha entidad, en la cual el hombre es un sujeto de la Historia y no un objeto de las circunstancias históricas cambiantes. Con tan buena suerte para nosotros los peruanos, Antenor Orrego era una de las figuras más brillantes y lúcidas del presente que buscaba dilucidar nuestro problema. Fue realmente un hombre adelantado a su época cuyo pensamiento aún no ha sido conocido, ni divulgado.

Hay un problema de lectoría: El refinamiento inteligente del lenguaje escrito. Orrego rebusca en nuestro idioma las palabras más precisas, contundentes y bellas, así no sean de uso corriente, pues él piensa que cada frase es una construcción conciente de una inteligencia libre. Sus libros no estuvieron escritos para ser “best sellers” o escritos para ser un éxito editorial, ni hechos para la voracidad de lectores que leen lo que se pone de moda.

Si estamos comparando a Orrego y su pensamiento con M. McLuhan y sus propuestas para una nueva lectura de la función de medios de comunicación, es porque tratan de una población que debe estar caminando hacia los cambios. Es cierto que ambos están parados en veredas opuestas, que manejan herramientas literarias muy disímiles y que arri-

ban a propuestas diferentes, era necesario confrontar algunas de las ideas propuestas pues ambos tratan de una forma de la globalización y los cambios en la conducta humana que ello implica.

El concepto de “Aldea Global” de McLuhan se basa en el manejo impositivo de los medios de “comunicación” que eliminan las dimensiones espaciales, porque si no hay un espacio mensurable, desaparece la noción temporal de distancia, de tal suerte que en un mismo instante, todos están informados, como en una aldea, en la cual la gente se conoce e informa, homogenizando el conocimiento y sus actos. Los libros de este estudioso canadiense, están hechos para un mercado interesado en lo novedoso, así esto no sea académicamente demostrable. Él, no entendió bien la diferencia entre comunicación e información y, si lo entendió, convirtió los mensajes en “masajes” según el medio por donde viajen las ideas. Académicamente sabemos que “Comunicación” —que viene del latín *communis*— es participación de un bien como lo es la cultura, sin desniveles entre emisor y receptor.

Cuando se escucha radio o se ve televisión, el receptor no puede participar y sólo tendrá que cumplir las órdenes que se emitan por el medio en que las recibe y lo acepta como un “masaje” que no nos debe permitir pensar, sólo satisfacernos con lo que uno —obedientemente— consume. Ese es nuestro problema contemporáneo, derivado de la llamada “revolución de las comunicaciones”. También, esto es un manejo de la globalización y de un mercado que se impone mundialmente, dañando y desarticulando a los mercados de cada sociedad, donde el consumo tiene raíces históricas y es más personalizado.

Este problema que hoy llamamos “globalización” estuvo previsto en las obras del pensador peruano. Orrego decía que nosotros debíamos caminar hacia un futuro en el cual no tengamos por qué hacer “responsos” o llorar las tristezas de dos “cadáveres” o dos “sepulcros” que ya están completamente finiquitados, porque ya están completamente muertos. El llega a demostrar con su pensamiento, en el fondo, estaba el pensamiento andino con relación a la vida y a la muerte. Sería muy útil e interesante analizar las hipótesis de los “responsos” como una manera de

rezar implorando por algo que tuvo vida y que ha muerto. Así mismo, analizar las respectivas hipótesis de los “cadáveres” y los “sepulcros”, pues éstas nos harían pensar cómo es que estamos ante “cadáveres” culturales que ya no pueden seguir creando o procreando, y nos detenemos, parados, enmudecidos, absortos y sensibilizados ante un “sepulcro”, sin saber como enterrar nuestros cadáveres. Como se verá, estas propuestas, además de ser bellas metáforas, son los retratos de nuestras flagrantes indecisiones.

Para nosotros, gente formada en el pensamiento occidental, la vida comienza con el nacimiento. Para el pensamiento andino, la vida comienza con la muerte. De ahí la importancia del uso de las palabras que contiene una diversidad de mensajes, pues estas nos permiten diversas opciones en el ejercicio del pensar. En el lenguaje cabe todo el pensamiento de una sociedad. Todo es muerte ya la vez es nacimiento. Y Orrego dice que hay que esperar que mueran las *progenies* para que pueda surgir el hombre vivo y sin ataduras. Esta tesis que parece sumamente sencilla, recién esta siendo descubierta por los antropólogos, por los sociólogos y aun también por los historiadores. Y se basa en el concepto de la vida y la muerte del pensamiento andino, que ya estaba presente en las ideas aurales de Antenor Orrego, antes que los antropólogos la enunciasen como expresiones del Pensamiento Andino.

Este pensador sostiene que cada sociedad, al poseer una cultura, posee técnicas, conductas y posibilidades para existir-siendo. Es convertirse en un sujeto histórico y no objeto de la historia. Así, cada ser humano es “continente-contenido”, en su medio, medio forjado —como en el caso nuestro— en miles de años. Cada ser humano contiene todas las ideas, posibilidades y frecuencias que nos permitan existir. Por ello, el hombre como ser solitario es un imposible. Entonces, sí ahora, los *mass media* son poderosas articulaciones de mensajes (*masajes*) que nos imponen en todas las frecuencias normas de conducta y de consumo de un mercado globalizado y que nos están haciendo seres ajenos a nuestra realidad “espacio-temporal”.

Entre tantas tesis brillantes enunciadas por Orrego, hay una, tal vez la más general por su amplitud y

por la que debemos comenzar, es aquella en la cual sostiene que el ser humano de este lado del mundo, vive dentro de un espacio de gran magnitud, como es un continente geográfico, visto como un continente de cultura e historia. El hombre –así– es parte de un “*pueblo continente*”, pertenece a éste y como que *es* de ese pueblo continente está representando su espacio y su tiempo-histórico. No se trata sólo de una extensión espacial geográfica, sino de una cultura elaborada en milenios por varias “progenies” que van camino a su desaparición para dar paso a una nueva sociedad, con un pasado compartido y con la misma cultura. Él, pone como ejemplo la “unidad” “espacio-temporal” que sintetiza varias culturas –variedad dentro de la unidad– como es “Indoamérica”. Esta unidad geográfica y cultural es y debe ser conocida como la de un “*pueblo-continente*”. Contenedor de un largo y rico pasado.

En su pensamiento, sobre el “humanismo americano”, plantea la existencia de una “*teoría las progenies*”, en función de algo que él llama “*teoría del espectro horizontal antropológico*”. Es decir que traspasa la condición humana, como toda estructura dinámicamente cultural, de todo un pueblo con identidades elaboradas históricamente. ¿Qué cosa es esto que nos parece tan abstracto? Él dice que en cada uno de nosotros vive un ser en el cual no están definidos sus linderos históricos ni –claramente– a qué sociedad pertenecemos o, qué identidad tenemos. Es como si hubiésemos perdido –en el presente– nuestra noción de presente y sólo recurrimos a nociones del pasado.

Todos podemos recurrir –dice Orrego– a decir que somos peruanos, a decir que somos descendientes de los incas o a decir que somos descendientes de los españoles, lo cual siendo o teniendo cierto grado de verdad, nos inhibe para ser nosotros mismos en el presente. Porque, eso es solamente un “*responso*” a nuestro dolor y a nuestro propio desconocimiento, porque nosotros no somos ni indios ni españoles: somos mestizos, tanto racial como culturalmente. Debemos de ser hombres nuevos y ahí está el problema: nosotros nunca asumimos con responsabilidad nuestra verdadera identidad.

Esas palabras tan verticalmente dichas, tal vez

no fueron entendidas en su momento, como tampoco fue entendido su concepto de *continente*. Cuando él habla de *pueblo-continente*, se refiere a aquel pueblo que abarca las *dos progenies*, tanto la autóctona como la invasora y que da forma a una gran y nueva sociedad que es entendida como América, el continente americano. Pero, él no se refiere al continente geográfico, sino a aquel que “contiene” mucho en común y que el caso en análisis, es lo que se dio en llamar Indoamérica. Orrego en varias partes de sus estudios cuidó lo suficiente para explicar que cosa es un continente. El continente, dice, no es un territorio, sino un continente de contenidos culturales inalienables. Nosotros somos el hombre que tiene uno de los contenidos históricos más importantes. De allí su preocupación, dice él, porque nunca han habido situaciones tan graves en donde el hombre se somete tanto a su pasado, a cualquiera de sus *progenies* y las “usamos” como mejor nos convenga y, con irresponsabilidad, podemos decir “*se me salió el indio*” o, el ministro “*regresó de la “madre patria”*”. La “madre patria fue de los castellanos e hispanos quienes vinieron a otro continente en busca de riquezas y, claro, añoraban su madre patria, es decir al lugar donde nacieron pobres.

No sabría decir si en esas relaciones interculturales, desde Sarmiento de Gamboa, el aculturado por vía matrimonial, la palabra del *runa simi*, “*pachamama*” se habría ido transfiriendo a los invasores, pues esa voz, es a la vez ESPACIO Y TIEMPO, germinales y prístinos. Pachamama, es cierto que es “madre tierra”, pero a la vez es “tiempo-padre”, donde está el origen de los actos humanos. Esa noción podría ser equivalente a la idea de “Espacio-tiempo”.

Al respecto, podríamos decir que después de la conquista hispana, los invasores podían hablar de “la colonia” al ser ellos los colonizadores, pero después, al convertirse en virreinato –ya no colonia– fueron aprendiendo a amar esta tierra, poco a poco, hasta el grado de identificarse con este virreinato y ser ellos factores humanos y sociales muy importantes para la Independencia. Esto quiere decir que, los “criollos” asumieron tempranamente una nacionalidad, se sintieron bien al ser hijos de esta “tierra-

madre” nueva y que por ella había que derramar su sangre en la contienda. En cambio, es dramática esta verdad, el hombre del siglo XX no sabía asumir su nacionalidad ni menos su identidad.

Esto que se lee tan duro, es real en el tiempo cotidiano. Es una fotografía de nuestra falta de análisis. Seguimos creyendo que, por alguna buena razón o por una incomprensión de nuestro destino, descendemos de uno o de otro progenitor cultural, cuando ya no somos ni uno ni otro. Las sociedades que fueron nuestras *progenies* –dice Orrego– ya no están vigentes, ya no están vivas y ya no pueden seguir procreando. Luego, son sólo dos “*espectros*” o dos “*cadáveres*” y, como tales, no pueden seguir siendo progenitores. Pudieron ser padres o madres, es decir, pudieron ser *progenies*, solamente.

Esta hipótesis le permite formular su teoría del “*espectro*” o de la “*constelación horizontal antropológica*”. Según ella, en cada uno de nosotros viven tres

identidades, como si fueran tres zonas desde las cuales nosotros tratamos de entender nuestro entorno. Están en estado larvario y pueden ser extrañas crisálidas. Estas tres zonas serían:

- *zona de deflagración o choque,*
- *sepulcral recesiva, y*
- *zona vital y orgánica.*

En la primera de ellas, la de “*deflagración*”, nos sentimos entreverados e inconscientes de nuestra realidad. Como si todas nuestras partes estuviesen en desorden. Es un rompecabezas que nos anonada. Carecemos de una racionalidad histórica –ordenatriz– de nuestra conducta cotidiana. En este “*tiempo*” de indecisiones, hay una, donde están vivas las actitudes responsivas de las *progenies*. Así, hemos quedado casi inconscientes en ese “*tiempo*” de choque. Es el tiempo estancado de el golpe recibido, tan fuerte, que aún no logramos resarcirnos.



Concierto de la Orquesta Sinfónica de Trujillo en el acto inaugural del *Simposio Antenor Orrego, vigencia y trascendencia, por la ruta de la identidad*, desarrollado en la UPAO del 26 al 29 de octubre de 2011.

La segunda zona, es la *sepulcral recesiva*. Esta es la de nuestro mestizaje, del largo proceso de adaptaciones y adopciones, en donde todavía no sabemos qué somos y qué debemos hacer para construir el futuro. En algunos momentos nos sentimos productos de un entrevero y no podemos “armar” nuestra nueva identidad para definirnos. Por ejemplo: Muchas de las formas de vida de nuestra serranía, las creemos propias del “mundo andino”, sin darnos cuenta que en ellas se han estancado las formas y conductas de la gente que vino de Europa, de un medioevo retardado y que aquí están vigentes, aunque las nuevas actitudes creativas conviertan el charango, las queñas, los violines y las guitarras, por instrumentos modernos de metal, como los que ahora usan para hacer “Cumbia andina”.

En esta “*constelación horizontal antropológica*”, la tercera zona y la más importante, es la “*zona vital y orgánica*”. Es la estructura genética de esta nueva vitalidad. Es la que nos enseña a identificarnos como entes con una personalidad propia, sin tener que recurrir a bastones o a báculos, que no necesita de ellos para apoyarse y decir “yo soy descendiente de esto o aquello”. Mas importante es saber decir “qué y quiénes somos”, negando una falsa seguridad cuando se dice –primero– quién descendemos. Por eso es la “zona vital”. El ejemplo que hemos puesto ilustraría claramente lo que sucede con las adopciones de “aires” e instrumentos musicales ajenos, adaptándolos a los gustos actuales.

Orrego piensa que estas tres manifestaciones se dan en cada persona. Son como un haz del espectro solar. Por una sola luz se trifurcan y aparecen estas tres zonas que están, aún, agazapadas y expectantes, dentro de cada uno de nosotros, mientras no tengamos todavía la lucidez para entendernos nosotros mismos cómo una identidad nueva. Sabemos todos que llevamos cerca de dos siglos pretendiendo definir que es el Perú y qué somos los peruanos. Esta inseguridad es tan general y cotidiana que en muchos casos, al descubrir nuestros errores y defectos decimos en tercera persona: ¿Por qué seremos así los peruanos...?.

Recuerdo las palabras de González Prada tratando de definir a los peruanos, quien escribió: “Los

peruanos son esas bandas de indios, que viven entre el lado oriental de la cordillera occidental hasta el lado occidental de la cordillera oriental [...] porque esos son los verdaderos herederos de un pasado”. Dicho de otra manera, creyó ver en la serranía a los verdaderos herederos de los Incas¹. Si tuviésemos que aceptar esa definición de peruanidad, todos los habitantes de la costa, y todos los habitantes de la selva, realmente nos quedaríamos fuera de esa nueva identidad. Por lo tanto, no nos estábamos definiendo bien. Pero cuando Antenor Orrego dice que “nosotros” somos todos, absolutamente todos los que nacen y asumen su cultura, su historia y su territorialidad, entonces tendremos un problema nuevo. ¿Cómo definirnos a nosotros mismos? ¿Quiénes somos los componentes de ese “nosotros”?

Orrego afirma que, no obstante predominar tal o cual zona espectral en cada uno de nosotros, en la Zona de deflagración o choque, las progenies están todavía en pugna. En esa *zona de deflagración o choque*, hay una ausencia absoluta de un ligamen colectivo entre los diversos núcleos. Él insiste de varias maneras en hacernos recordar que las tres zonas aludidas están vigentes en nuestra manera de pensar, pero que debemos “organizar” y “estructurar” nuestra identidad de peruanos, ubicándonos más concientemente en la “*zona vital y orgánica*”. Es “*vital*” porque de ella dependerán nuestros objetivos del futuro, como una entidad VIVA. Es “*orgánica*” porque todos los mecanismos del pensar y del actuar, deben provenir de ese algo que tiene vida y, no de lo que ya ha muerto y no sabemos sepultar.

Cada uno de estos “espectros” trata de conservar el acento espiritual y anímico de sus matrices originarias y vive con respecto a los otros grupos en un permanente, contumaz y excluyente aislamiento. Si se tratase solamente de las raíces étnicas de blancos e indios, que fundamentan las *progenies*, estaríamos ante dos cadáveres. Así, serían dos seres que viven dentro de nosotros, en ese estrato, en ese nivel, en ese ámbito de coloratura. Ahí –y sólo allí– están vivos como dos seres siempre opuestos, pugnando y luchando por el predominio de nuestra identidad, y no nos dejan identificarnos como lo que verdaderamente somos: Una nueva sociedad.

Pero, también dice Orrego, que nosotros como mestizos, hay un sector de nuestra manera de pensar que nos recuerda que pertenecemos a otra zona, llamada *Zona sepulcral o recesiva*. Allí reside lo que esta muerto, “los miasmas del muerto”, dice. Allí están los olores del muerto, lo que nos castra impidiéndonos ser nosotros mismos, Es la zona *atona y tòrpida* que ha perdido toda facultad responsiva o de reacción orgánica frente a las impulsiones del espíritu creador. Es una etapa de transición inestable y que sirve de puente del pasado y el porvenir, entre la irrupción violenta de las fuerzas extrañas o invasoras y las resistencias vitales del continente.

Cuando menciona “*continente*”, Orrego se está refiriendo a ese enorme vaso que contiene todo nuestro pasado. Como hemos señalado, no es lo que comúnmente creemos que es la geografía del continente americano, como también el continente europeo o el continente asiático. Orrego dice que existe un “*continente*” cuando se trata de una entidad que “contiene” una cultura, por eso más se trata de un *pueblo-continente*. Y ese continente es, donde está contenida la riqueza cultural creada por esos hombres. Al decir “pueblo” se refiere al conjunto de personas con una determinada identidad que emparenta y homogeniza sus actos, sus sueños, sus anhelos, sus amarguras colectivas, convertidos en ideas.

Por último, su concepto de *Zona vital y orgánica*, es sumamente hermoso cuando dice que encierra el momento en que debemos encontrar el punto de partida del camino que tomó para analizar la identidad o la etnicidad del hombre peruano contemporáneo, que él encontró, justamente, en la poesía de Vallejo. Para Orrego, aparece la noción de creación de una poética nueva, con Vallejo, hallazgo expresado en su prólogo a Trilce y que daría origen a las

nuevas corrientes literarias. Prólogo que fuera leído –a escondidas– por las nuevas generaciones de creadores literarios. Dice Antenor Orrego que él descubre la actitud creativa en Vallejo en una frase, cuando el poeta dice “*murió mi eternidad*” –o sea, murió su pasado– “*y la estoy velando*”. Es decir estaba ante ese cadáver. Y eso es hermoso –realmente– al descubrir en una frase cómo al ir muriendo, se puede comenzar a vivir. Es bella esa imagen porque retrata metafóricamente, al hombre que rompe con un sector de su pasado, convertido en “*cadáver*” y que, parado ante el sepulcro está anonadado y absorto sin saber como enterrarlo.

Finalmente, cuando Vallejo dijo: “*Tal me recibo de hombre, tal más bien me despido y en cada hora mía retoña una distancia*”, Eso de “en cada hora mía retoña una distancia”, puede parecer un solecismo –como también diría Antenor– pero realmente es una verdad. Por eso, para Orrego, las dos figuras más grandes del continente fueron un Bolívar o un Garcilaso y, en tiempos de él, fue Vallejo. Es una de las cosas más extraordinarias al analizar cómo Antenor Orrego descubre la identidad del hombre peruano a través de las dos tradiciones étnicas, la occidental y la andina, para poder entender en que consiste y en que debería consistir el hombre peruano como ser creador.

Aparece negando las dos progenies, para que sigan siendo y estando en sepulcros donde se puedan alimentar las nuevas plantas del futuro.

NOTAS

- ¹ En aquel entonces, la Antropología Cultural y la Arqueología peruana, no habían deslindado las diferencias culturales e históricas de las sociedades preincaicas, sociedades “madres” de la civilización Inca. Todo lo que pareciera prehispánico, debería ser Incaico. Ese error aún subsiste.